

La santidad inconsciente

Conversación con D. Fulgencio

Hablaba yo con mi amigo D. Fulgencio de literatura portuguesa, y al darle noticia del gran poeta Guerra Junqueiro me puse a recitarle su poema «El pastor», donde nos presenta a aquel centenario pastor tramontano, modelo de inocencia. Don Fulgencio torcía el gesto; no cree en la inocencia de los pastores, y menos si se han criado lejos de las ciudades. Don Fulgencio detesta a los tabellitas y sostiene que, de no haber Cain matado a Abel, éste habría acabado matando a aquél su hermano, y que no es un ruego tan falto de fundamento aquel que se hace cuando se le pregunta a un niño: «¿Quién mató a Cain?» Sostiene más aun D. Fulgencio, y es que quien mató a Cain fué Abel, el muerto. Añade que los muertos son los mayores asesinos y que se dedican a perseguir a los vivos para matarlos. Una vez me sostuvo, no sé si en serio o en broma, porque D. Fulgencio vive y obra y piensa allende esta distinción más allá de la seriedad y la burla, que las muertes repentinas, eso que se atribuye a una congestión cerebral, a una angina de pecho, a la rotura de un aneurisma o a otra cosa por el estilo, es un ataque fulminante de un muerto sobre un vivo, es que lo roge por el gajete con sus manos invisibles y le ahoga. Don Fulgencio, pues, no cree en la inocencia de los pastores ni en la de los muertos.

Me puse a recitarle el poema dicho, cuando al llegar a aquello de

realizou no mundo a perfeição de Alma:
porque fui bondoso como a lua e calma,
porque foi um santo sem saber que o era!...

me interrumpió exclamando:

—¡Alto ahí! ¿Qué es eso de que fué un santo sin saber que lo era? ¡Por ahí no paso!

—Pero si es poesía, amigo D. Fulgencio...

—¡Ni que sea poesía! ¡Por ahí no paso! Y estoy harto ya de que la poesía sirva de alcahueta para meternos disparates...

—Pero D. Fulgencio...

—¡No hay pero que valga! ¡Ya he dicho que no se puede tolerar que la poesía sirva para introducirnos disparates!

—¿Usted, D. Fulgencio, usted? ¿Usted, el apóstol de la absoluta tolerancia...?

—Pero ven acá, Miguelito—me dijo—; si alguna vez no me mostrase intolerante, ¿qué valor tendría mi tolerancia habitual? Eso sería tanto como ser tolerante sin saberlo, como ese pastor de tu amigo Guerra Junqueiro era santo y esa tolerancia así, inconsciente, ni tendría valor alguno ni sería semejante a la tolerancia. Y si la mía vale lo que vale es por ser yo un hombre, creo que como todos los demás, fundamentalmente intolerante. ¡Como que si me he declarado apóstol de la tolerancia es por no poder tolerar la intolerancia de los demás, es decir, por intolerancia!

—¡Usted siempre el mismo!—le dije.

—¡Claro, hijo, claro! Yo siempre combinando y barajando ideas. Y la tolerancia no es más que la intolerancia de la intolerancia, algo negativo.

—Si—añadi—, en la gramática latina nos enseñaron que dos negaciones afirman.

—¡Así es, sí, así es! Y apenas hay afirmación que no sea la negación de una negación. La ortodoxia no es sino la negación de las herejías; pero ¿por dentro? ¡Nada! Y el sentido común, ese horrible sentido común, ese monstruo feroz, devorador de todos los sentidos propios, eso no es sino pura negación. El sentido común no sabe más que negar, hasta cuando cree que afirma.

—¡Bien—le dije—; ¡acabo de recitarle la poesía!

—¿Para qué? Ese pastorcito de... Belén se irá derecho, con zurrón y cayado, a la gloria, ¿no es eso?

—Sí—le dije—; y el poema dice que los semidiosos del entremés de la gloria, los Césares, tiranos, capitanes, héroes, épicas figuras de inmortal memoria...

—¡Claro!—me interrumpió—. «Gloria... memoria»... Ahora vendrá historia o escoria, ¿no es eso?

—Sí; ahora viene que esas épicas figuras que de sierra en sierra iluminan la Historia como crepitantes, trágicos faros, en la región de lo inmenso, en el infinito puro donde destumbra como un sol Jesús no son más que larvas que tiemblan en la oscuridad, a las que nadie conoce y que en vano busca el poeta con sus ojos calmosos en aquel mar de luz.

—Y le ve allí al pastorcito, ¿no es eso? ¿Al que fué santo sin saber que lo era?

—Sí; el pastor de ovejas que comió centeno, que vivió en los montes y durmió en las grutas, tan salvaje, cabelludo y feo que diríase que tal monstruo salió de la matriz de la tierra como las piedras brutas, libertado ya de la ilusión del mundo se hizo un ángel blanco, de nuevo pastor, y millones de astros siguen su mirada alegre y son rebafos de almas por el azul profundo.

—¡Bien, muy bien!—exclamó D. Fulgencio—. ¡Poesía, poesía, poesía! Es decir, conciencia. Porque es la conciencia la que crea. Y la santidad ahí estuvo en la mano de tu amigo Guerra Junqueiro, en su conciencia. ¡Pero el pastor? Te digo que no hay nadie, y menos un pastor, que sea santo sin saberlo. Esos de quienes se dice que son santos sin saberlo no pasan de ser imbéciles. El que no tiene conciencia de su santidad no es santo.

—Pero usted recordará que cuando éramos mocitos é ibamos...

—Sí, ya sé lo que vas a decir. Aquel santo no fué tal santo. Y es un mal principio el que se le ponga a la juventud de modelo a semejante...

—¡Don Fulgencio!...

—¡Te digo que quien no tiene conciencia de su santidad no es santo!

—Pues yo he oído decir que el más grande santo será uno de quien no tengamos noticia, que haya pasado inadvertido de todos...

—¡Eso ya es otra cosa! ¡Que no lo hayan sabido los demás... pase! Aunque... ¡Pero que no lo supiera él mismo, eso es una tontería!

—Y si nadie supo que fué santo, ¿para qué le sirvió serlo?—pregunté.

—Acaso tengas razón. Llevar la vida de un San Simeón Estilita sin que nadie se entere de ello es algo que no me explico.

—¡Dirán acaso que se entera Dios y basta!



--Dios no se entera de lo que pasa inadvertido a los hombres todos, tengo por seguro. Dios sabe las cosas que pasan en el mundo porque se las contamos nosotros, muchas veces sin quererlo. Y de lo que le pasa a un anacoreta en el desierto sabe porque el anacoreta se lo cuenta.

--¿Y de lo que nos callamos?

--Por nuestro silencio delator. Dios ve en nuestra conciencia todo lo que en el mundo, y fuera de él, pasa y nuestra conciencia habla. Y como ese pastorcito tramontano no tenía conciencia de su propia supuesta santidad, no sabía que era santo, no decía: Dios ve su santidad en él, y, por lo tanto, no me acabo ni pudo decirlo. Y te digo que hay que acabar con eso de la santidad inconsciente. El que llaman santo inconsciente no es más que un imbécil, y el que llaman heroe inconsciente un bruto, y nada más que un

bruto. Y no necesitamos ni imbéciles ni brutos. Lo que necesitamos es gente que sepa lo que es. ¡Poetas como Guerra Junqueiro, a sabiendas de que son poetas, que cantan la santidad inconsciente de los poetas... ¡bien!, pero nada de pastores de esos que sean santos sin saberlo. ¡Ante y sobre todo conciencia, conciencia, concienical! Todo menos convertir a la patria en un limbo!

--Pero, D. Fulgencio... siempre será mejor que no convirtiera en un infierno...

--¡No, no! Del infierno se sale, digan lo que quieran los que desean que no salgan de él nunca sus enemigos y aquellos a quienes envidiaron; el infierno no pasa de ser un purgatorio más o menos largo. De donde no se sale nunca es del limbo. La tontería no tiene remedio. Y la supuesta santidad esa del que no sabe que es santo no es sino tontería, pura tontería. Y si el santo sin saberlo da en decir que es un grandísimo pecador, entonces...

--Entonces, ¿qué?

--Entonces, no quiero decirte.

Miguel de UNAMUNO



lo contaba... de lo que pasa inadvertido... Dios sabe las cosas que pasan en el mundo... porque se las contamos nosotros... muchas veces sin quererlo... Y de lo que le pasa a un anacoreta en el desierto sabe porque el anacoreta se lo cuenta... --¿Y de lo que nos callamos? --Por nuestro silencio delator... Dios ve en nuestra conciencia todo lo que en el mundo, y fuera de él, pasa y nuestra conciencia habla... Y como ese pastorcito tramontano no tenía conciencia de su propia supuesta santidad... no sabía que era santo, no decía: Dios ve su santidad en él, y, por lo tanto, no me acabo ni pudo decirlo... Y te digo que hay que acabar con eso de la santidad inconsciente... El que llaman santo inconsciente no es más que un imbécil, y el que llaman heroe inconsciente un bruto, y nada más que un bruto... Y no necesitamos ni imbéciles ni brutos... Lo que necesitamos es gente que sepa lo que es... ¡Poetas como Guerra Junqueiro, a sabiendas de que son poetas, que cantan la santidad inconsciente de los poetas... ¡bien!, pero nada de pastores de esos que sean santos sin saberlo... ¡Ante y sobre todo conciencia, conciencia, concienical! Todo menos convertir a la patria en un limbo! --Pero, D. Fulgencio... siempre será mejor que no convirtiera en un infierno... --¡No, no! Del infierno se sale, digan lo que quieran los que desean que no salgan de él nunca sus enemigos y aquellos a quienes envidiaron; el infierno no pasa de ser un purgatorio más o menos largo... De donde no se sale nunca es del limbo... La tontería no tiene remedio... Y la supuesta santidad esa del que no sabe que es santo no es sino tontería, pura tontería... Y si el santo sin saberlo da en decir que es un grandísimo pecador, entonces... --Entonces, ¿qué? --Entonces, no quiero decirte.



42.111.12

que fueran que se abajara... "ordenado con..."